



Kit de Herramientas Digitales de Misión Global

¿Qué es la misión?

Por el Rev. David Copley, Director de Asociaciones Globales y
Personal de la Misión

¿Qué es la misión? Un viaje personal

Cuando reflexionamos sobre la manera en que la Iglesia Episcopal opera en el ámbito internacional, el término "misión" surge como el elemento central de esta actividad. Hablamos de la misión de la Iglesia, de la misión de la diócesis, de los viajes misioneros, de mi misión, de la misión de Dios o de la labor de los misioneros. Pero, ¿qué es la "misión"? ¿Qué son los "misioneros"? ¿Qué me llama o nos llama Dios a hacer? ¿Cuál es el llamado de Dios a la Iglesia para compartir nuestra fe en este mundo global en el que vivimos?

Recuerdo muy bien que cuando empecé a trabajar en mi nuevo puesto como encargado del personal de misiones, tuve una curva de aprendizaje muy pronunciada y, aunque había sido misionero durante muchos años, no había profundizado lo suficiente en la teología de la misión. En mis comienzos en el cargo, planteé una pregunta a los panelistas en una conferencia sobre misiones: “¿Cuál es la misión de la Iglesia?”. Un colega muy experimentado del Reino Unido no estaba contento con el aparente uso displicente de mis palabras y aclaró de manera muy enfática al inicio del panel que la iglesia no tiene una misión, sino que es la misión de Dios. Si bien este argumento pueda parecer pedante y académico, considero que son palabras importantes y que es igualmente importante que comprendamos con claridad en qué se basa nuestro deseo de participar en la misión como comunidad eclesiástica y cuál es la mejor manera de cumplir los objetivos de nuestra labor misionera.

Hasta que me dediqué a investigar este tema con mayor profundidad, cada vez que exponía mi definición de misión explicaba que se deriva de la palabra latina *mittere*, que significa "enviar" y que se encuentra en la traducción al latín de la Biblia o la *Vulgata*¹, y que *missio* es la palabra que se utiliza para traducir la palabra griega *apostello*. El consenso general es que la misión, en un contexto cristiano, significa "ser enviado". Resulta obvio la forma en que hemos relacionado los conceptos, y cómo hemos interpretado la palabra misión de forma que se convierte en un imperativo evangélico de enviar al mundo a los apóstoles. Sin embargo, Stroope, en su libro *Transcending Mission* (Trascendiendo la Misión), al hablar sobre misión y *mittere*, afirma:

Se asume la equivalencia de significado porque hay similitud en la forma, el sonido y la ortografía. Y sin embargo, aunque la palabra inglesa moderna se parece y suena como “mittere” o “misio” en latín, no son necesariamente la misma palabra. Troope afirma además que las primeras traducciones de la Vulgata no convierten a “mittere” en “misión” o “misionero”².

Por lo tanto, Troope argumenta que:

Basar nuestro argumento en una única palabra griega y su equivalente en latín “mittere”, acentúa la acción de "enviar" por encima de las demás dimensiones de la historia y las actividades redentoras... La cola de la misión acaba agitando la totalidad de las Escrituras³.

¹ La Vulgata es una traducción de la Biblia al latín de finales del siglo IV. En general, se considera que la traducción es en gran parte obra de San Jerónimo.

² *Ibíd*, 65

³ *Ibíd*, 67

Aunque la palabra misión se deriva del latín Mittere - "ser enviado", es importante señalar que esta palabra no aparece en la Biblia. Por lo tanto, el argumento de que se utiliza la palabra misión porque tiene un origen bíblico no tiene una base sólida. Sin embargo, es correcto afirmar que ser enviado es un llamado del Nuevo Testamento a los apóstoles, y para nosotros es parte de cómo estamos llamados a seguir a Cristo.

En tiempos recientes, ha habido una sensibilidad cada vez mayor al término misión y misionero, y es evidente que hay un bagaje colonial asociado con dicho término. El nombre corporativo de la Iglesia Episcopal es Sociedad Misionera Nacional y Extranjera, un nombre que surge a raíz de entender que todos somos misioneros y estamos llamados a ser enviados al mundo. Por lo tanto, ¿debemos descartar los términos misión y misionero?

Históricamente, el término misión en la iglesia se utilizó por primera vez en el siglo XVI. David Bosch afirma que:

*Los jesuitas fueron los primeros en utilizarlo (el término misión) en lo que se refiere a la difusión de la fe cristiana entre personas (incluidos los protestantes) que no eran miembros de la Iglesia católica. En este nuevo sentido estaba relacionado de forma muy íntima con la expansión colonial del mundo occidental en lo que más recientemente se ha llegado a conocer como el Tercer Mundo (o, a veces, el Mundo de los Dos Tercios)*⁴.

En el catecismo del Libro de Oración Común de 1979, se lee que la misión de la Iglesia es "restablecer a todas las personas a la unidad con Dios y con los demás en Cristo". Yo diría que tenemos que dar un paso atrás en lo que interpretamos que es la misión de la Iglesia y reflexionar más bien sobre lo que entendemos que es la "Misión de Dios".

Pero, ¿cuál es la misión de Dios y de qué manera se nos pide que participemos en ella? A menudo, la teología de la misión de Dios se aborda utilizando su traducción al latín, la *Missio Dei*. Se trata de un concepto teológico acuñado por primera vez por Karl Barth en la Conferencia Misionera de Brandemburgo en 1932⁵.

*Sin embargo, después de la Primera Guerra Mundial, los misiólogos empezaron a tomar nota de los recientes avances en teología bíblica y sistemática. En una ponencia leída en la Conferencia Misionera de Brandemburgo en 1932, Karl Barth se convirtió en uno de los primeros teólogos en articular la misión como una actividad de Dios mismo*⁶.

La *Missio Dei* se desarrolló aún más en la Conferencia de Willingen de 1952.

La influencia de Karl Barth en el pensamiento misionero alcanzó su punto álgido en la Conferencia de Willingen del IMC (1952). Fue ahí donde surgió por primera vez con claridad la idea (no el término exacto) de missio Dei. La misión se entendía como derivada de la propia naturaleza de Dios. Fue así

⁴ David J. Bosch (2011-11-09). Transformación de la Misión: Cambios de paradigma en la Teología de la Misión (Edición del 20 Aniversario) (Sociedad Americana de Misiología) (p.1). Libros Orbis. Edición Kindle.

⁵ Stroope, Transcender la Misión. 16

⁶ David J. Bosch (2011-11-09). Transformación de la Misión: Cambios de paradigma en la Teología de la Misión (Edición del 20 Aniversario) (Sociedad Americana de Misiología) (p. 381). Libros Orbis. Edición Kindle.

como se situó en el contexto de la doctrina de la Trinidad, no de la eclesiología o la soteriología. La doctrina clásica sobre la *missio Dei* como Dios Padre enviando al Hijo y Dios Padre e Hijo enviando al Espíritu se amplió hasta llegar a incluir otro "movimiento": Padre, Hijo y Espíritu Santo enviando a la Iglesia al mundo. En lo que respecta al pensamiento misionero, la vinculación con la doctrina de la Trinidad constituyó una importante innovación⁷.

Bosch profundiza aun más en su argumento: "Tratando de concretizar el concepto de *missio Dei*, se podría decir lo siguiente: En la nueva imagen, la misión no es primordialmente una actividad de la Iglesia, sino un atributo de Dios. Dios es un Dios misionero (cf. Aagaard 1973: 11- 15; 1974: 421). "No es la iglesia la que tiene una misión de salvación que cumplir en el mundo; es la misión del Hijo y del Espíritu a través del Padre la que incluye a la iglesia" (Moltmann 1977: 64). Así, la misión es vista como un movimiento de Dios al mundo; la iglesia es vista como un instrumento para esa misión (Aagaard 1973: 13). Hay iglesia porque hay misión, no viceversa (Aagaard 1974: 423). Participar en la misión es participar en el movimiento del amor de Dios hacia las personas, ya que Dios es una fuente de donde surge el amor⁸".

La conclusión de esta instantánea muy incompleta del debate teológico sobre la misión es que nuestro compromiso con la misión se fundamenta mejor en la misión de Dios, que consiste esencialmente en participar en el amor redentor de Dios hacia los demás, con el objetivo de reconciliarse con Dios y con los demás. Yo diría que, cuando pensamos en la misión, deberíamos hacerlo siempre en este contexto.

En cuanto al uso del término misionero, estoy de acuerdo con Bosch, quien afirma que, "Para que haya un misionero primero debe haber un remitente, y el misionero es la persona o son las personas enviadas por el remitente, aquéllos a quienes se les envía alguien (destinatarios), y una misión. Por lo tanto, toda la terminología presupone que quien envía tiene autoridad para hacerlo⁹". El término también está inextricablemente asociado a una época de nuestra historia de expansión colonial, conquista y ocupación. Aunque soy ambivalente en cuanto a su uso, no es el término que prefiero para referirme al modo en que la Iglesia se involucra con el mundo que la rodea. A pesar de la asociación colonial, el término limita la enorme amplitud de nuestra respuesta al llamado de Dios para que seamos seguidores de Cristo. Seguir a Jesús no consiste únicamente en salir al mundo y compartir las buenas nuevas del Evangelio "en el extranjero". Seguir a Jesús en el camino, en el camino del amor, consiste en compartir el amor de Dios con los demás. Como continúa diciendo el obispo Michael Curry: "Ama a Dios, ámense unos a otros y ámate a ti mismo".

⁷ David J. Bosch (2011-11-09). Transformación de la Misión: Cambios de paradigma en la Teología de la Misión (Edición del 20 Aniversario) (Sociedad Americana de Misiología) (p. 381). Libros Orbis. Edición Kindle.

⁸ David J. Bosch (2011-11-09). Transformación de la Misión: Cambios de paradigma en la Teología de la Misión (Edición del 20 Aniversario) (Sociedad Americana de Misiología) (p. 382). Libros Orbis. Edición Kindle.

⁹ David J. Bosch (2011-11-09). Transformación de la Misión: Cambios de paradigma en la Teología de la Misión (Edición del 20 Aniversario) (Sociedad Americana de Misiología). Libros Orbis. Edición Kindle.

Cuando comencé a escribir este artículo, había regresado a mi hogar en Inglaterra y compartía las responsabilidades del cuidado de mis padres, ambos con derrames cerebrales. Mi madre acababa de volver a casa tras pasar ocho semanas en el hospital después de su derrame cerebral. Si bien fue un privilegio disponer de este tiempo para estar con mis padres, fue una labor difícil, aleccionadora y emocionalmente desafiante ayudar a cuidar de mis padres ancianos. Diría que estaba participando en el llamado que Dios me estaba haciendo, tanto en estas circunstancias como cuando trabajé como enfermero en Liberia durante la guerra civil en los años 90.

Otra perspectiva que escuché en un sermón pronunciado por el obispo Bob Fitzpatrick de Hawái durante una visita a Filipinas en 2017, proviene de la palabra hawaiana Ohana. Lo que extraje de ese sermón es que Ohana significa familia y que, por lo general, se refiere a la familia en un contexto más amplio. La familia puede incluir a los parientes de sangre, a la familia extendida, a los amigos y a los miembros de la comunidad en la que uno vive. La premisa básica es que nadie se sienta olvidado ni se sienta aislado.

De manera similar, hace algún tiempo me alojé donde un obispo en Kenia y comenté sobre la gran cantidad de niños que correteaban por su casa. Cuando le pregunté si todos eran hijos suyos, me contestó con mucho orgullo que sí. Algunos eran de su propia sangre, otros eran adoptados o acogidos, pero para él todos eran sus hijos y los cuidaba a todos por igual, como si fueran de su propia sangre.

Seguir a Cristo es amar a Dios y amarse unos a otros, y punto. Podemos hacerlo cruzando fronteras y viajando al extranjero, podemos hacerlo siendo amables y cariñosos, cuidando con amor a un familiar, a un vecino o a un extraño.

Que un aspecto de seguir a Cristo parezca más importante que otro es algo subjetivo, pero quizá lo más importante es que, como comunidad, no nos olvidemos de nadie. Es importante cuidar de la viuda anciana que vive al lado de nuestra casa, atender a los pobres de nuestro barrio, y es igualmente importante mirar más allá de nosotros mismos, de nuestro propio contexto cultural y geográfico. Cuidar de los que se encuentran en situaciones económicas desesperadas, de los que viven en zonas de guerra, de los que son víctimas del hambre, víctimas de la opresión, víctimas de la violencia, víctimas de la injusticia.

Como comunidad, en mi contexto dentro de la Iglesia Episcopal, es importante que participemos en el llamado que Dios nos hace en favor de todos aquéllos con los que entramos en contacto. En mi caso, me concentro en la misión internacional, pero me siento agradecido por las personas que participan en la misión en Estados Unidos, los que auxilian a las víctimas del hambre, la opresión, el racismo y los que apoyan a los más vulnerables de nuestra sociedad.

Cuando entendemos misión sólo dentro del contexto de ser enviado a algún lugar, estamos limitando demasiado la definición del llamado que Cristo nos hace a todos de seguir el camino del amor. Seguir a Cristo tiene que ver sobre todo con el amor, lo cual presupone una comprensión más amplia y un fundamento más sólido de lo que somos y de lo que hacemos como comunidad de creyentes al seguir el camino de Jesús.

Veo la misión de Dios a lo largo de toda la Biblia, tanto en la Escritura Hebrea como en el Nuevo Testamento. La Biblia es la historia de la relación de las humanidades y la comprensión de nuestra relación con Dios y con los demás.

Entré al ministerio global en la Iglesia Episcopal por “la puerta trasera”. Me casé con la iglesia y con la vida misionera y con el ministerio internacional.

Mi motivación inicial surgió del trabajo que realicé con agencias humanitarias sin fines de lucro y, concretamente, de mi labor en Liberia, prestando atención médica a personas que viven en medio de una guerra civil. A lo largo de los años, he tenido un enfoque muy pragmático sobre la misión. Tengo experiencia como enfermero licenciado, sacerdote y administrador. A medida que mi fe iba creciendo, me resultaba fácil encontrar escrituras que respaldaran esta premisa básica y me sentía naturalmente atraído hacia las palabras de Mateo 25:

Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo³⁵. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis³⁶; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis... De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños^[a], a mí lo hicisteis.

También me siento muy atraído hacia prácticamente toda la carta de Santiago, y sobre todo a las palabras de **Santiago 1:22**: *Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.*

O Lucas 3:10-11: *Y la gente le preguntaba, diciendo: Entonces, ¿qué haremos? Y respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo.*

Aunque estos versículos siguen siendo parte vital de mi compromiso teológico, empecé a sentir que me había saltado un paso en lo que se refiere a la justificación del ministerio internacional. Al leer las críticas que se le hacen a la misión por crear dependencia, por ser colonialista y paternalista, tanto en mi trabajo con las agencias humanitarias como junto a mis colegas de la Agencia Episcopal de Alivio y Desarrollo, tuve la sensación creciente que si bien el modelo de caridad compasiva tiene cabida dentro de nuestra respuesta a un mundo que sufre, no es necesariamente la manera más eficaz y eficiente de apoyar a los necesitados y que las agencias humanitarias profesionales hacen una labor mejor y más informada ayudando a las personas que tienen necesidades físicas.

En estos últimos diez años en los que he impartido clases de teología de la misión y de las Escrituras a los aspirantes a misioneros, he empezado a considerar las Sagradas Escrituras en su conjunto y, tal como lo ha dicho el obispo Ian Douglas, me dado cuenta que:

La razón por la que no encontramos la palabra misión como tal en la Biblia es porque, quiero argumentar, toda la Sagrada Escritura es la historia de la misión, la historia de la misión de Dios. Quiero subrayar que

*toda la Biblia, la Escritura Hebrea y el Nuevo Testamento, es una revelación de la misión de Dios en el mundo*¹⁰.

Mi teología sobre cómo seguir a Cristo se basa en entender el concepto de que todos somos hijos de Dios, algo que se afirma en gran parte de las Escrituras. Desde el principio de la Escritura Hebrea leemos en el Génesis:

Génesis 1:27 *Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios... 31 Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.*

No sólo hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, sino que diría también que hemos sido creados a partir de la esencia misma de Dios. Que Dios vive dentro de todos y cada uno de los tesoros de Su creación, por lo tanto, todos somos hijos de Dios y, en consecuencia, hermanos y hermanas en Cristo. Mis amigos y colegas suelen bromear diciendo que tengo un único sermón y que casi siempre me las arreglo para incluir referencias a nuestro patronazgo como hijos de Dios en cada sermón.

Durante el tiempo que estuve en Liberia y trabajé con colegas liberianos e internacionales, tuve la oportunidad de conocer a muchas personas que se entregaron con sacrificio, llegando a veces a estar a punto de morir, para ayudar a quienes estaban más necesitados que ellos. Cuando reconocemos que todos estamos emparentados y que los más necesitados son nuestras hermanas, hermanos, madres y padres así como nuestra propia familia de sangre, entonces nuestro propósito de estar relacionados adquiere una dimensión totalmente nueva. Si como cristianos interiorizamos plenamente esta forma de entender lo que significa seguir a Cristo, entonces no tenemos más remedio que tender la mano y relacionarnos con nuestros familiares que aún no conocemos.

Fuimos formados por Dios, venimos de Dios y Dios vive en nosotros, y nuestras vidas, nuestras historias, nuestro folclore, nuestras leyendas, intentan comprender esta realidad.

Hay una leyenda judía que dice que justo antes de que Dios coloca un alma dentro de un cuerpo, se le pide a esa alma que olvide su vida preternatural, su vida anterior al nacimiento. Y así, justo cuando el alma entra en el cuerpo, uno de los ángeles de Dios presiona la boca del bebé para cerrarla, como señal de que, durante su vida terrenal, debe guardar silencio sobre sus orígenes divinos. La pequeña hendidura que hay debajo de la nariz de cada persona es la huella del dedo índice del ángel sellando sus labios, y por eso, cuando intentamos recordar algo, durante nuestras cavilaciones el dedo índice a veces se coloca espontáneamente sobre esa hendidura.

Existe una leyenda noruega que dice que Dios, antes de introducir el alma en un cuerpo, le da un beso y que durante toda su vida en la tierra, el alma conserva el recuerdo del beso y lo relaciona todo con él.

¹⁰ De FUNDAMENTOS BÍBLICOS PARA LA MISIÓN Ian T. Douglas "De Llamado a Enviado" Conferencia GEMN Centro de Retiro de la Casa Marista, Framingham, MA 19 de mayo de 2011

En muchos puntos de las escrituras hebreas, nuestros antepasados han revelado su comprensión de quiénes somos y de nuestra relación con Dios.

Jeremías 1:5

⁵ “Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones”.

Salmo 139:13-16

*Porque tú formaste mis entrañas;
Tú me hiciste en el vientre de mi madre.
Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras;
Estoy maravillado,
Y mi alma lo sabe muy bien.
No fue encubierto de ti mi cuerpo,
Bien que en oculto fui formado,
Y entretejido en lo más profundo de la tierra.
Mi embrión vieron tus ojos,
Y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas
Que fueron luego formadas,
Sin faltar una de ellas.*

Esta comprensión de la presencia del Dios Trino en nosotros continúa en las escrituras del Nuevo Testamento.

Juan 17:20-23 “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado”.

Mateo 5:44-45 “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; ⁴⁵ para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”.

Mateo 25:40 “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”.

Se podría argumentar si hay una presencia real de Dios dentro de todos y cada uno de nosotros o el significado de ser un "hijo de Dios"; me doy cuenta de que éste es uno de los muchos argumentos teológicos de nuestro caminar con Cristo. Sin embargo, por mi experiencia y por lo que he visto en todo el mundo, en la bondad y en los dones sacrificiales de unos a otros, creo

firmemente que toda la humanidad está hecha a imagen de Dios y que todos somos hijos de Dios, seamos cristianos, musulmanes, hindúes, negros, blancos, homosexuales o heterosexuales.

La "teología de la misión" ha pasado de ser "nuestra misión" y la "misión de la Iglesia" a representar nuestra participación en la "misión de Dios". Cuando participamos en el llamado que Dios nos hace, tal vez deberíamos considerar el uso de la terminología propuesta por el obispo Michael Curry, de que estamos llamados a "Seguir el Camino del Amor" o a "Practicar una vida centrada en Jesús", y recordarnos a nosotros mismos que somos la rama episcopal del Movimiento de Jesús.

Si se sienten llamados a seguir utilizando el término misión, misionero, misionera, por favor háganlo.

Sin embargo, les pido que no pongan demasiadas limitaciones al uso de ese término. Asimismo recuerden que, al final, nuestra vocación es amar a Dios, amarnos unos a otros y amarnos a nosotros mismos. Y nunca dejar a nadie atrás.

Publicado por la Oficina de Asociaciones Globales de la Iglesia Episcopal, 815 Second Avenue, Nueva York, N.Y.10017

© 2021 La Sociedad Misionera Nacional y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en los Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados. Para obtener más información sobre este recurso y otros similares, visite www.episcopalchurch.org/globaltoolkit.